



LUISA DE LA VALLIERE.

I



tres períodos puede reducirse el reinado de Luis XIV, respectivamente dominados por tres influencias, — tres astros — tres mugeres.

El primero, época de una galantería mitad española y mitad francesa, personificase en *Luisa de la Valliere*, la única muger á quien de veras amó Luis XIV, y la única también de sus damas digna de ser amada. Fueron aquellos regios amores una novela sentimental desenlazada en el claustro, como era natural en un tiempo en que, vivo aun el recuerdo de los caballerescos, inaugurábase un Renacimiento esplendoroso y fácil de confundir con la poesía de los siglos heróicos. Todavía entonces la quinta esencia del sentimentalismo perfumaba las voluminosas novelas de Scuderi; y ya *Berenice* (1) era el suave armónico eco de la sociedad, ya el *Cid* (2) le ofrecía varonil y vigoroso ejemplo. Época, en suma, de juventud: aurora de aquel reinado.

En representación del segundo período tenemos á la Marquesa de *Mon-*

(1) Tragedia de Racine.

(2) Tragedia de Corneille.

tespan, loca y valerosa muger, que atrevidamente cabalga, riéndose da á luz sus hijos, y audaz se goza en verse Reina por obra y gracia del amor. Con ella se inaugura la gran epopeya militar, con ella comienza la era de las conquistas; y á su influjo la época se encamina al materialismo del corazón, al paganismo de los sentimientos. Vanamente truena Bossuet desde la Cátedra del Espíritu Santo: su voz elocuente, aunque aplaudida, no alcanza á contener la marcha del siglo que desatinado corre á la gloria, á través de las galantes aventuras. Aquella fué la edad de la acción, de la madurez, de la fuerza: ni las mugeres ni las ciudadelas pudieron resistirse al victorioso Monarca.

Resúmese en Mme. de Maintenon el tercero y último período del gran reinado. A las pompas, á las hazañas de la antigua corte sucede un sensual misticismo; envejeció el siglo y hácese ermitaño; la gloria toma el velo. Llegó la hora de la decadencia, y todo en ella es sombrío: Luis XIV, rey por una muger regido, vase inclinando lentamente hácia la tumba; Bossuet triunfa, y su ortodoxia aniquila á un tiempo la influencia de Fenelon y la de Mme. Guyon, cuya piedad demasiado tierna é independiente, no acomoda al carácter de la *Maintenon*, secretamente con el rey casada. La iglesia galicana domina á Luis XIV por mano de su morganática esposa, que, hábil, intrigante y fuerte, mal puede avenirse con la Religión del *quietismo*. Reina en todo, menos en el nombre, la *Maintenon* supo llevar no sin dignidad la corona, por mas que al peso natural de la regia diadema, se agregase para ella el de los acontecimientos y el de los años. Su voluntad fué la norma y el alma, por decirlo así, de los últimos años de aquel reinado; y si nó, véase á Racine abandonando el teatro; véase á la Fontaine expiando bajo el cilicio el tan mortal como inmortal pecado de sus cuentos; véase, en fin, á la tragedia misma haciendo ejercicios en cuaresma en el convento de Saint-Cyr.

II

Llamábase Luisa de la Valliere, nombre y apellido que se han hecho inmortales; por el amor de Dios el primero, en virtud de la penitencia de

Sor Luisa de la Misericordia; y el segundo por el amor del rey, que con la *Valliere* hizo la mas bella de las novelas del siglo XVII—como el personaje de Moliere *hablaba en prosa*, sin saberlo. Vió la luz en Turena (Touraine), patria de Inés Sorel, célebre dama de Carlos VII, y no lejos del castillo de Chambord donde tambien Francisco I supo crear duquesas por gracia del amor; pero no parecia Luisa destinada al nacer á la alta fortuna que tantos dolores habia de costarle. ¿No hubiera sido mas dichosa, viviendo lejos del sol de la corte, limitada á un estrecho horizonte, y perdida en el elegiaco laberinto de una pasión de provincia!

¿Estuvo ó no enamorada de Bragelonne? (1)—Diez y ocho volúmenes ha tenido que escribir Alejandro Dumas, para probar que nunca su héroe fué correspondido. Agradecámosle á la Valliere que subiera los Alpes de la pasión, de cuya altura cayó despeñada, para poetizar el siglo de Luis XIV.

Como Semelé soñaba con Júpiter, Luisa en Blois se desvanecía imaginando á sus solas, los regios esplendores de la corte de San German, á donde no tardó en llevarla uno de esos hazares, que son la ley determinante de todas las existencias romanescas.

Oigamos aquí á un testigo presencial y que veia bien; á Mme. de la Fayette, que describe sus primeros pasos en la corte, de esta manera:

« Su fortuna (la de Luisa) era escasa. Su madre estaba casada en segundas nupcias con Saint-Remy, primer *Maestresala* del Sr. Duque de Orleans; por manera que hasta entonces habia la muchacha estado siempre en Orleans ó en Blois. Pareció bien generalmente, y muchos jóvenes trataron de conquistarla, señalándose mas que otro alguno el Conde de Guiche, que parecia muy asiduo con ella, cuando el Rey la escogió, con otras, para deslumbrar al público (2). De acuerdo con la Duquesa de Orleans el Rey comenzó entonces á galantear ostensiblemente, no como quiera á una, sino á las tres que al efecto habia escogido, tardando poco sin embargo en elegir entre ellas, y rendir el corazón á la Valliere, sin dejar de

(1) « Mademoiselle de Montalais fué en Blois confidenta de la Valliere, de quien parece que allí estuvo enamorado un tal Bragelonne. Medieron cartas, y la madre llegó á saberlo: mas parece que todo ello fué cosa sin importancia. Sin embargo el Rey se mostró muy celoso de aquellos amores. (Madame de la Fayette).

(2) Luis XIV galanteaba entonces á su cuñada la Duquesa de Orleans.

» decirles flores á las otras, y aun teniendo relaciones entabladas con la Chemerault, á quien se dedicó en realidad y asiduamente fué á Luisa. En cuanto al Conde de Guiche, que no estaba lo bastante enamorado para luchar contra tan temible rival, abandonóla riñendo con ella y diciéndola al separarse cosas muy desagradables. Por su parte la Duquesa no pudo ver sin pena que el Rey se prendara sinceramente de la Valliere; y si bien no sintió lo que realmente se llaman celos, es indudable que hubiera deseado que S. M. no se enamorase de veras, y que le conservara á ella un afecto que, sin llegar á la violencia del amor, tuviera toda su complacencia y todo su agrado.»

III

Estaba el Rey enamorado: cosa grave para un Monarca y para su reino, sobre todo siendo el tal Rey un Luis XIV y no siendo la Reina la muger á quien ama. Estaba, pues, el Rey enamorado cierto día — como lo estaba todos los de la semana, sin descansar siquiera el domingo — de Enriqueta de Inglaterra, esposa de su hermano el Duque de Orleans, y á los ojos de S. M., por el momento, la muger mas bella de Francia. La corte á la sazón en Fontainebleau, solazábase juvenil y lozana ensayando la realización de todas las imaginaciones del Taso, del Ariosto... y de Bocacio además.

Segun Mme. de la Fayette, era allí la Duquesa árbitro soberano de las diversiones, que para el Rey no parecían tener mas atractivo que el placer que gozar veía á su cuñada. Era en el rigor del estío: la Duquesa iba á bañarse diariamente, en coche á causa del calor; mas para la vuelta montaba á caballo con sus damas, todas galantemente ataviadas con millares de plumas en la cabeza, y acompañábala el Rey también á caballo con todos los jóvenes de la corte. Cenábase, y después en ligeras calesas se iba á pasear todo el mundo á las orillas del canal, al son de melodiosas orquestas.

El Rey se aburría con la Reina.

La Duquesa se aburría con el Duque.

Un paso mas en la selva de Fontainebleau, y no les quedara mas que ha-

cer á la Reina y al Duque, que mirarse el uno al otro á la cara, y levantar las manos al cielo. Pero Luisa de la Valliere, camarista de la Princesa Enriqueta, á fuerza de empeñarse en imitarla en gracia, en trages, y en ingenio, se encontró, cuando menos lo pensaba, con que sintiendo también como ella, adoraba á Luis XIV.

Advirtiendo á poco que la corte comenzaba á darse por entendida, como no podía menos, de la pasión sobradamente visible del Rey por la muger de su hermano, la Princesa y el Monarca celebraron consejo, acordando en él que para deslumbrar al público convenia jugar con fuego, ó con el amor que es lo mismo. En otros términos: determinóse que el Rey se fingiera enamorado de una señorita cualquiera de la corte.

— Tomad, por ejemplo, dijo la Duquesa, los colores de la Valliere: una violeta que busca el olvido. Como es una de mis criadas me vereis por sus ojos, ó lo que es mas seguro, la vereis á ella con los míos.

— No, respondió riéndose el Rey; voy á poner en escasa resuelta-mente á la Chemerault, que es de la servidumbre de la Reina; con eso mi muger para apartarme de ella, me enviará á vuestros piés.

Ni el Rey ni la Duquesa, figurándose que tan fácil le es al hombre decidir de los destinos del corazón, sospechaban siquiera que aquella misma noche había el Monarca de enamorarse, sin quererlo, de la única muger que verdaderamente fué dueña de su alma.

Aquella noche, pues, paseándose S. M. con Beringhen, Guiche y Buckingham en los jardines de Fontainebleau, vieron en ellos, como en las apariciones de los cuentos fantásticos, á tres jóvenes y lindas doncellas que, á paso largo para paseo y corto para quien sabe que le esperan, caminaban y caminaron hasta dar consigo al pié de cierta estatua de Diana.

Llegadas allí, una de las doncellas detuvo á sus compañeras y mostrándoles la efigie de la triforme diosa, que los rayos de la luna reflejaban en su tersa y blanquísima superficie, dijoles:

— Siempre fuí apasionada de Diana.

La que así hablaba era la Valliere.

— Pues yo, replicó la Chemerault, prefiero á Endimion!

— Ambas estais locas, repuso la señorita de Pons, pues que dais en amores fabulosos: los míos son reales y positivos.

— ¿A quién amais, pues? preguntó la Chemerault.

Habíanse en esto sentado al pié de la estatua las tres damas, sin advertir que ya de cerca las estaba acechando, con sus acompañantes, Luis XIV, quien al oír la pregunta « ¿A quién amais? » — haciendo seña á los cortesanos para que en la alameda le esperasen, aventuróse solo á penetrar en la verde espesura que, por decirlo así, amparaba entonces los secretos de aquellos tres juveniles corazones.

Las señoritas de Pons y de Chemerault fueron pasando revista sucesivamente á toda la corte, encareciendo la belleza, el ingenio, el porte galan, la gracia en el baile de los caballeros mozos.

La Valliere callaba.

— Si yo, decia la de Pons, hubiera de amar á alguno, seria al Señor de Candale.

— Quiere decir, replicóle la Chemerault, que le amais ya. Por mi parte no estoy enamorada; pero el marqués de Alincourt me gusta mucho, porque es el que mejor baila.

— La Valliere no dice nada, pero si pensara en alta voz, nos hablaría del Conde de Guiche.

No rompió Luisa aun el silencio, mas figurósele al Rey advertir en su pálido semblante una desdeñosa sonrisa al escuchar el nombre de Guiche.

— Su secreto, prosiguió la de Pons, lo sé yo; fuera de que mas dice ella callando que nosotras con todo lo que hemos charlado.

— Mi silencio no dice cosa, replicó entonces la Valliere: pero no puedo ocultaros que me parecis locas elogiando á toda la corte sin hacer mencion del Rey; cuando yo haria el elogio de la corte entera sin hablar mas que de S. M. ¿Hay, por ventura, aquí un solo hombre que pueda comparársele, ni siquiera para figurar en un baile (1)? »

— Estoy al cabo, dijo la Chemerault; prefieres al Rey, porque es Rey.

— Al contrario, replicó con viveza Luisa; la corona es para mí su único defecto, pues que le excluye del número de los que amar podemos. ¡ Ah! si no fuera Rey!

Al pronunciar Luisa esas palabras, sintiendo agitarse las ramas que las

(1) *Ballet* — Baile pantomímico — danza figurada.

ocultaban, huyeron despavoridas las tres jóvenes, como si se les hubiera aparecido un alma en pena; y era en efecto la del Rey que se arrojaba á los piés de la Valliere. Pero inútilmente, pues se halló por un momento solo al pié de la estatua.

— No quiere, exclamó, enamorarse del Rey! pues bien yo la haré que se rinda al amante!

Diciendo así disponíase Luis XIV á volver donde dejara á sus acompañantes, cuando advirtió no sin gran disgusto, que Beringhen y Guiche, habian tambien penetrado en la espesura y como él escuchado la conversacion de las jóvenes.

— ¡Y bien, caballeros! Parece que estais sorprendidos de mi feliz aventura, y de que se me puede amar como á un cualquiera! ¿Quién es esa joven?

— No la he reparado, Señor: respondió Beringhen.

— Yo, repuso Guiche disimulando mal su despecho, yo no la conozco.

Andando el tiempo, Luis XIV dijo á Guiche en cierta ocasion: « No la conociais, Conde: pero la amábais! »

Por aquella noche S. M. comenzó por visitar á la Reina esperando reconocer entre sus camaristas, por el metal de la voz, á la que tan á su gusto se habia explicado: pero no estaba allí, y su corazon se lo dijo leal.

Del cuarto de la Reina pasó el Rey al de su cuñada la Duquesa: la Valliere, que de acababa entrar, estaba hojeando una novela.

« ¡Esta és! » dijo para sí el Monarca sin vacilar.

Era mas de media noche y todavía el Rey estaba en el cuarto de la Duquesa. Al verle tomar un sillón, habia querido la Valliere retirarse, mas la Princesa, á ruego de su real pariente, mandóla que se quedara, y leyese algunas páginas de la novela. Hizolo, en efecto, Luisa en voz tan grata como solia, y entonces además conmovida y penetrante: por manera que el Rey, que del libro no entendió palabra, decia después que aquella novela era la única que con placer habia escuchado.

IV

Increíble parece, pero aquel gran Rey, para quien nada era dudoso, ni su propia divinidad; aquel Monarca que habia de someter gran parte de la Europa á sus leyes; el mismo que en su Parlamento entraba, como en un cuartel, con botas y espuelas, y el látigo en la mano en vez de cetro, condújose sin embargo con Luisa de la Valliere, como un héroe de novela hecho y derecho.

Durante un mes, solo con los ojos se atrevió á hablarla, y ni á sus ojos mismos les dió licencia para revelar siquiera la mitad del fuego que el corazón le abrasaba; y entre tanto proseguia asiduo siempre al lado de la Duquesa, quien como de razon y costumbre, fué la última en conocer que ya no era el Rey su cautivo. ¡Cuán lejos estaba la Princesa, al aconsejar á S. M. que se fingiese enamorado de su camarista, cuán lejos estaba de pensar que el Rey habia de amarla, en efecto y secretamente, y en su presencia misma! No le parecia posible á Enriqueta, que una muchacha de provincia, aunque educada en tan buena escuela, pudiera inspirar una pasión profunda; ni que aquella hermosura, por S. A. R. comparada á la de un cuadro *al pastel*, no se borrara y deshiciese con solo un rayo de los esplendentes que el regio sol lanzaba. Faltóle entonces á la Duquesa de Orleans su habitual penetracion, porque no se fijó sin duda en los bellos rasgados ojos de Luisa, por largas pestañas sombreados, húmedos de pudor pero tambien de voluptuosidad, y azules sí, pero como el ardiente cielo de Nápoles y de Sevilla (1).

(1) El Marqués de la Fare, describiendo los principios de esta pasión, nos dice. — « Cuando la Duquesa de Orleans (*Madame*) echó de ver que no eran ya por ella y para ella las frecuentes visitas del Rey, y que estaba sirviéndole, por decirlo así, de pantalla á la Valliere, indignóse contra esta y contra el Monarca, y por via de desquite comenzó á escuchar benévola al Conde de Guiche, primogénito del Mariscal Conde Grammont, jóven, buen mozo, y que á una gran dosis de ingenio y valor, unia otra no menor de audacia. Entonces tambien, la Condesa de Soissons, viendo al Rey prendado de la Valliere, rindióse al amor de Vardes, quien con haber pasado ya los años de la primera juventud, era por su amabilidad, por su talento, por sus maneras insinuantes, y hasta por

Mas al cabo preciso era que el Rey se declarase; y el cielo mismo se puso para que lo hiciese de su parte.

Paseábase la corte cierto dia en el parque de Vincennes: súbito estalla la tempestad y dispérsase toda la regia comitiva, buscando cada cual, como á porfía, un abrigo ya en las enramadas, ya en el castillo mismo: pero el castillo estaba lejos.

Dos personas fueron las que mas se mojaron aquel dia y mas relámpagos vieron: la Valliere que *cojeaba*, y el Rey que voluntariamente quiso *cojear del pié mismo* que la linda doncella, á quien S. M. acercándosele con el sombrero en la mano, ofreció cortesantemente el brazo. Apenas Luisa hubo apoyado su desnuda mano en el terciopelo que el regio brazo vestia, díjole el Monarca: « — Vámonos al castillo; » mas diciendo así tomó precisamente el camino que mas se apartaba del supuesto fin de la jornada. Habia cesado la lluvia, pero el viento sacudiendo las hojas de los árboles, rociaba sin embargo las frentes de la errante pareja.

— Mi corazón — dijo al fin palideciendo — esperaba con ansia esta tempestad. ¿No habeis echado de ver que os amo, señora?

su figura, mas amable que todos los jóvenes. Díjose en aquel tiempo que Vardes galanteó á la Condesa de orden del Rey, y que este fué su confidente: lo que parece cierto es que en efecto, aquel hábil cortesano obró mas bien movido por la ambicion que por el amor, y que no sintió menos que la Condesa y la Duquesa de Orleans, que la Valliere se apoderase exclusivamente del corazón del Monarca. Los cuatro personajes, pues, que acabamos de nombrar, á saber: La Princesa; Guiche, como un aturdido que era, y por complacer á su real dama; la Condesa de Soissons, y Vardes su amante, conjuráronse para perder á la Valliere, y hacerse señores de la corte. Con tal fin, y partiendo del supuesto de que si por cualquier conducto llegaba la jóven Reina á saber las relaciones del Rey con Luisa, habia no solo de dar vado á su propio resentimiento, sino además de provocar el de la Reina madre, obligando así á Luis XIV, á deshacerse de su dama: fraguaron una carta en nombre del Rey de España, en la cual aparecia que aquel Monarca señalaba á su hija la infidelidad de su esposo. Vardes compuso en francés la carta, que fué vertida al castellano por Guiche, que se vanagloriaba de saber todas las lenguas, y que en todo caso la española la sabia en efecto. Llegó la tal epístola á su destino sin que nadie supiese cómo, y produjo, en parte al menos, el resultado que de ella se prometian los conjurados, porque la Reina que amaba con pasión á su marido, y se habia visto por él tambien amada durante el primer año de su matrimonio, sintióse desesperadamente herida por aquella nueva, y la Reina madre se puso resuelta de su parte. Todo ello dió al Rey grandes disgustos sin dula, mas no fué parte á separarle de la Valliere, reduciéndose el resultado de la conjuracion á que el mal humor de S. M. se desahogara y cebase en los propios autores de la trama, que habian osado herirle en lo mas vivo.